

Hace muchos años un dragón vino del
Norte y acechó los suburbios de la ciudad.

Y devoró el ganado.

Y destrozó la hierba.

Los campesinos, desesperados, se unieron
para buscar una solución.

Que se quemen los campos.

Que se envenenen las bestias.

Pero los remedios eran peores que la
enfermedad y uno a uno se esfumaron.

MARÍA TERESA ANDRUETTO

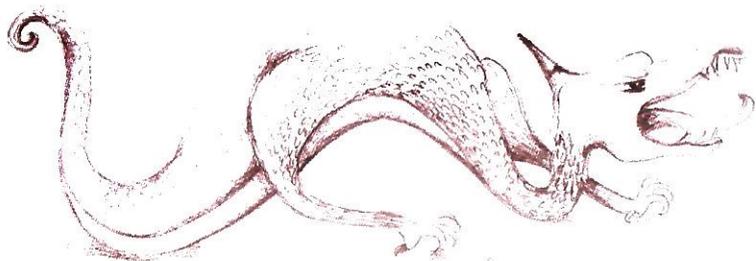
Hasta que un día se presentó ante el señor
de la ciudad un carbonero viejo.

Un carbonero viejo y sus ocho hijos.

Todos de cabello negro.

A todos apodaban Cuervo.

—Señor —dijo el padre—, dadme el
toro más feroz, un toro hambreado, nueve
sacos de pan y otros tantos odres de vino, y
mis hijos y yo venceremos al monstruo.



Una vez que recibieron al toro, los sacos de pan y los odres de vino, los nueve carboneros se llegaron hasta el lugar donde el dragón dormía.

Era una cueva inmensa en las entrañas del cerro. Frente a ella colocaron una tinaja enorme y allí vaciaron el contenido de los sacos y los odres.

En esa sopa sanguinolenta, pusieron al toro.

Y el toro, que había estado en ayunas durante días, comió y bebió todo el contenido de la tinaja.

Y al saciarse, estuvo ebrio.

Y al embriagarse, furioso.

Entonces los carboneros lo sacaron y el toro mugió de un modo tremendo en la boca de la cueva.

Al oír esto, el dragón salió, echó por tierra al toro y escapó hacia el bosque de terebintos al otro lado del arroyo.

El carbonero y sus hijos lo persiguieron e incendiaron la floresta.

Y al dragón lo asfixió el humo y lo achicharraron las llamas.



Había una vez un hombre que hacía casas.

El hombre se llamaba Enós y era el mejor constructor de cuantos se hubieran visto: siempre eran sus casas las más hermosas, las perdurables.

En cierta ocasión se le acercaron dos aprendices y le dijeron:

—Un día morirás y no habrá quien haga lo que tú haces. ¿Por qué no nos enseñas el secreto de tu arte?

Enós pensó que lo que le pedían los aprendices era razonable y les entregó generoso cuanto sabía.

Pero una vez que aprendieron, pensando que ya eran grandes como el maestro, lo despreciaron y se alejaron de él.

Y lo que Enós cobraba ochenta dineros, ellos cobraban setenta, y decían que sus casas eran más baratas e igualmente resistentes.

Así la gente dejó de valorar a Enós y se conformó con las casas de los aprendices.



Enós empobreció hasta faltarle incluso lo
necesario, pero ni aun en la miseria aceptó
hacer casas que no fueran perdurables.

